
Monumentos

Romanos

En los comienzos, la historia de una ciudad como Toledo se confunde con su geografía. Las peculiares circunstancias topográficas de la roca toledana, aquella peñascosa pesadumbre que exaltó Cervantes, la hacía más insustituible para fundar en ella una ciudad clave, históricamente hablando.

En el año 193 antes de J. C., la plaza fuerte de Toledo aparece por primera vez en la historia. En sus cercanías, Marco Fluvio, pretor de la Hispania, derrotó a una fuerte coalición de tribus de la Meseta, en cuya batalla cogió prisionero a su jefe. Al año siguiente, los azares bélicos llevaron las legiones romanas de nuevo a orillas del Tajo. «Allí se encontraba Toletum, ciudad pequeña, pero fuerte por su emplazamiento», cuenta el historiador Tito Livio, y añade que Fluvio, dispersadas las huestes enemigas que habían acudido en auxilio de los toledanos, tomó la plaza gracias a sus obras de sitio.

La que luego se llamaría Ciudad Imperial tenía ya entonces extraordinaria importancia por su posición estratégica, domi-

nando el cruce de las rutas de Este a Oeste que siguen el curso del Tajo y de las que de Norte a Sur unen las dos Mesetas Castellanas camino de la Mancha y de Andalucía.

Desde los más remotos tiempos, la ciudad alta, sita sobre un cerro, es baluarte avanzado en la margen derecha del Tajo. En lo alto del cerro un laberinto de calles y plazuelas extiende sus tentáculos. Hacia el lado de la Vega, a espaldas del río, el declive no es tan pronunciado, y una dilatada línea de murallas completa y refuerza el papel defensivo del talud natural. Más abajo, hacia el llano, crecieron luego los arrabales, alguno, como el de Antequeruela, amurallado de siglos atrás.

En 1939, quedaba consagrado oficialmente el espíritu tradicional de la vieja ciudad, al ser declarada la ciudad Monumento Nacional, honor compartido tan sólo con Santiago de Compostela.

A juzgar por los restos hoy visibles, los monumentos romanos de Toledo debieron tener singular importancia. Por

desgracia, los aún subsistentes están en su mayor parte sin excavar.

En el exterior, de modo especial en la Vega, abundaron las villas y casas de campo construidas con fines agrícolas o de placer; en 1924 se descubrieron notables restos de una de ellas, con magníficos mosaicos. También en esta parte estuvieron emplazados los grandes edificios para espectáculos públicos: el Circo, claramente apreciables, y quizá el Teatro, el anfiteatro, una Naumaquia y también un Acueducto. Las ruinas del Circo son las más visibles y sobresalientes, mientras que el carácter de los restantes edificios romanos, ocultos y arruinados, es más difícil apreciar. Del Acueducto quedan grandes tramos, pero casi ningún elemento de carácter monumental.

Por último, pertenece también al período romano, el monumento más antiguo del interior de la Ciudad, la Cueva de Hércules, famosa en las leyendas toledanas del Rey Don Rodrigo.

Alicia Riancho